

Voces en el Sótano

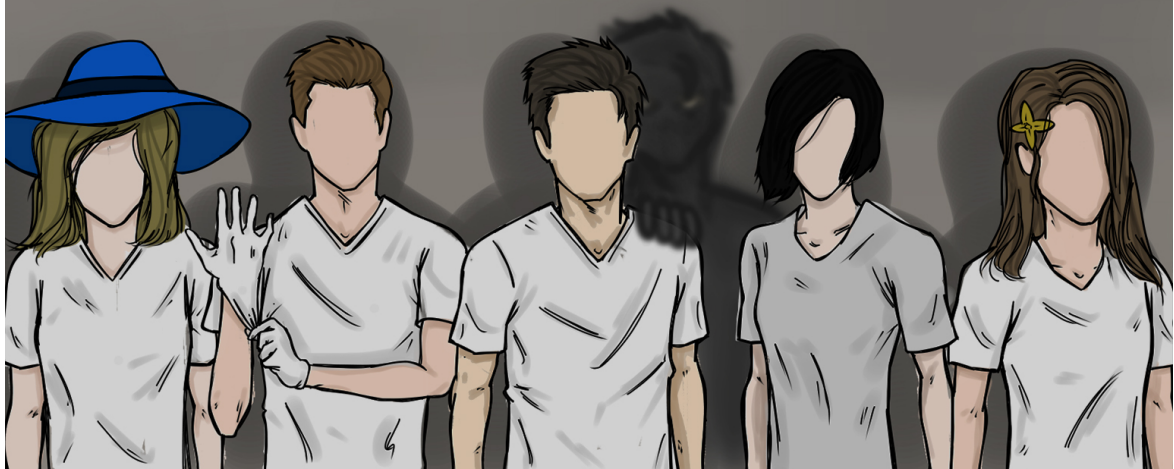
Romina Belén Piris Barrios

ROMINA P. BARRIOS

VOCES

EN EL

SÓTANO



Capítulo 1

Prólogo: Walter

Me levanto y doblo la sábana como una servilleta triangular, la estiro muy bien para que no queden arrugas y la pongo en la esquina de la cama. Las pantuflas me esperan en los dos cuadros centrales de cerámico junto a la cama, son blancas impolutas como el resto del uniforme, aunque son de plástico y ese material es bastante fanático de la suciedad, hay rincones que no puedo limpiar...respirar Walter, respirar. Me pongo la derecha y luego la izquierda.

Salgo de mi habitación por los cuadros delimitados y en el orden que ya establecí en mi cabeza, así no habrá forma de que algo esté mal. Un pie en cada cuadrado hasta llegar a la puerta.

-Buen día señorito Stick- me saluda mi enfermero tal y como lo guioné, Tom siempre se burla de eso. Es alto y tiene el cabello hacia atrás, muy pulcro como le sugerí al doctor O'Malley- te esperan en la cocina.

-Gracias Drake- lo saludo y me apresuro a mi tarea.

La cocina estaba muy limpia, había dos trapos fuera de lugar, pero los acomodé inmediatamente y noté que no había traído mis guantes de Látex.

-Demonios- mascullé. Dejé todo en su lugar y salí corriendo a la habitación, en el marco de la puerta estaba mi enfermero con los guantes tendidos en una bandejita- ¡Gracias Drake!

Me los puse mientras el enfermero volvía al comedor y cuando volteé para seguirlo, una maraña de cabello rubia me atropelló.

- ¡Wally! - gritó mientras me abrazaba.

-Cómo va Ann ¿por qué tan entusiasmada? - se separó de mí y comenzó a acomodarse el ambo blanco del instituto, muy inútilmente debo admitir. Mi mano había comenzado a temblar un poco otra vez, pero intenté ignorarlo con ella- estaba de camino al comedor.

-Es que Tom sale hoy- comenté tratando de contener el entusiasmo. Estaba estirando las arrugas de mi uniforme y me quedé boquiabierto ¿ya? Los días habían volado.

- ¿De verdad?

- ¡Que sí! - respondió.

-Debemos avisarle a Mel, seguro querrá ir- mi corazón dio un golpe de repente, al fin una excusa para ver a Melanie muy temprano, una que no podría rechazar.

-No, pasé por ella de camino a tu habitación, me pidió que le mande saludos.

-Oh- carajo, fue más rápida - de acuerdo, a la mesa entonces.

Capítulo 2

Prólogo: Anne Marie

Me levanté de un salto, me puse las pantuflas amarillas y salí dIMSarada de la habitación directo hacia la de Melanie. Haber hecho que Marie pidiera ese color de calzado con su voz intimidante resultó un éxito, ahora solo podía disfrutarlo. Llegué a la habitación y estaba acostada de lado, sus ojos estaban cerrados, pero estaba cien por ciento segura de que estaba despierta. Dijo que quería bajar a comer, pero no estaba segura de sí tenía la voluntad de hacerlo sola. Parece que la anorexia si es una perra.

Puedo sentir a Marie haciendo planes sobre cómo podría patear a esa bruja que le hace sentir a Mel que no es suficiente. Claro que la palabra no había sido bruja.

Hay algunas otras voces, pero ninguna es tan intensa, gracias al cielo.

-Hola Lem- saludé desde el marco de la puerta con demasiada energía, después di algunas vueltas teatrales. Me gustaba decir su nombre al revés, y ella terminó acostumbrándose.

- ¿Qué te trae tan alegre? - contesta con el ceño fruncido- tu sombrero todavía me daña la vista ¿siempre fue tan chillón?

-Sí, y empeora con las horas, créeme.

Tenía una colección de sombreros exclusivamente para que los demás pudieran identificar a mis amigas, incluso a las que no les caía bien. El mío era azul, muy chispeante y divertido, como el cielo limpio en verano junto a una piscina fresca, con pelotas de playa y eso. Marie usaba un sombrero negro, muy negro, me daba un poco de miedo. La doctora dijo que a medida que las otras desaparecieran, debía deshacerme de los gorros que les pertenecían, así que lo hice. Aunque la última vez que limpié, encontré un sombrero de lana rojo que volví a esconder, pues no me dio una buena sensación.

-No me has respondido todavía- insistió mientras se escondía entre las sábanas.

-Hoy es el día- sonreí de oreja a oreja- Thomas sale de la acolchada.

- ¡Genial! ¿lo sabe Walter? - consultó con despreocupación, su voz estaba algo inquieta.

-Si no lo sabe, pronto lo hará- sonreí.

-Claro que sí. Lo siento Anne, no quiero bajar hoy, no me siento muy bien y tengo bastante frío.

-Vamos, estoy segura de que Thomas querrá verte- insistí, aunque presentía que la respuesta no cambiaría.

-Dile al tarado que puede subir a saludar si quiere hacerlo- me guiñó un ojo amistosamente y asentí.

-Eso es casi un insulto, pero no te preocupes, le mandaré tus saludos.

Salí bailando hasta el comedor y en el camino vi que una de las habitaciones estaba completamente abierta, una enfermera de baja estatura y morena estaba tendiendo la cama ¡Parece un honguito!

Doblé al pasillo A y encontré a Walter saliendo de la habitación.

- ¡Wally! - salté sobre él y lo abracé, él rió con los dientes apretados.

-Cómo va Ann ¿por qué tan entusiasmada? - se separó de mí y comenzó a acomodarse el ambo blanco del instituto- estaba de camino al comedor, vamos.

-Es que Tom sale hoy- comenté tratando de contener el entusiasmo. Él dejó de estirar las arrugas de la tela y me miró con los ojos muy abiertos.

- ¿De verdad?

- ¡Que sí! - di pequeños saltitos en el lugar. Él se detuvo y comenzó a caminar en dirección contraria.

-Debemos avisarle a Mel, seguro querrá ir.

-No, pasé por ella de camino a tu habitación, me pidió que le mande saludos.

-Oh- el rostro de Walter se transformó en una mueca triste- de acuerdo, a la mesa entonces.

Bajamos las escaleras, Walter se dirigió a la cocina para comenzar a organizar el almuerzo, y yo me senté en la mesa que habíamos adoptado como grupo para esperar a Thomas.

Capítulo 3

Prólogo: Melanie

Me desperté exhausta, la respiración me costaba un poco apenas se activaban mis sentidos, pero no era nada a lo que no me hubiera acostumbrado.

El día era precioso, el lugar era una porquería. Mi directiva de hace unos días a Walter sobre no acercarse por la mañana había funcionado, pero tenía que admitir que ahora me aburría despertar sola.

Me estiré y las costillas querían perforarme el torso. El silencio abrumador de la mañana me hacía preguntarme cómo había logrado llegar viva hasta aquí, estaba feliz de haberlo hecho para conocer a mis amigos.

-Hola Lem- me saludó Anne desde el marco de la puerta con demasiada energía y se acercó girando hacia mí.

- ¿Qué te trae tan alegre? - contesté irritada- tu sombrero todavía me daña la vista ¿siempre fue tan chillón?

-Sí, y empeora con las horas, créeme.

-No me has respondido todavía- insistí envolviéndome en el edredón, empezaba a sentir mucho el frío de la mañana.

-Hoy es el día- sonrió- Thomas sale de la acolchada.

- ¡Genial! ¿lo sabe Walter?

-Si no lo sabe, pronto lo hará.

-Lo siento Anne, no quiero bajar hoy, no me siento muy bien y tengo bastante frío- confesé, tampoco había reunido las fuerzas para mover las piernas con soltura todavía. De hecho, no pude lograrlo en muchos meses.

-Vamos, estoy segura de que Thomas querrá verte- repitió.

-Dile al tarado que puede subir a saludar si quiere hacerlo.

-Eso es casi un insulto, pero no te preocupes, le mandaré tus saludos.

Salió dIMSarada por la puerta y yo me quedé respirándome el aire que me quemaba, ya faltaba cada vez menos para la terapia de hoy. Las primeras veces no dejaba de llorar, pero ahora podía afrontarlo un poco mejor, solo

lloraba al final.

Reí por lo bajo. Qué conformista.

Hoy sería un día largo hasta que Walter viniera, y sabía con certeza que Anne había olvidado mi sugerencia para Thomas en el momento en que salió por la puerta.

Qué suerte que ya no estará encerrado.

Capítulo 4

Prólogo: Thomas

Mamá había preparado todo para la fiesta de cumpleaños de Thomas. Que soy yo. Hoy es diez de septiembre y Jackson -mi padrastro- que estaba colgando globos de colores, habla con ella para decirle que la tía que vive en otra ciudad no va a poder venir. Un hombre de pelo oscuro, está sentado en la mesa del patio hablando por teléfono, es amigo de papá y siempre viene a mi cumpleaños a hablar por teléfono con su reloj de águila.

-Mamá ¿cuánto falta para que vengan todos? - pregunto ansioso. Ella me sonrío con ternura.

-Faltan unos treinta minutos- dijo mirando su reloj de malla blanca- tenemos que buscar el pastel que pediste ¿me acompañas?

- ¡Sí! - contesté dando saltos.

-Me quedaré por si alguien decide llegar temprano, no tarden demasiado- añadió Jack, dándole un suave beso a mamá y mirándome de reojo- ¡Hey, empresario! Ayúdame a sacar esa mesa del camino...

- ¡Seguro! - contestó el otro hombre, despidiéndose de la persona en el celular.

La camioneta olía tan bien, como si el pastel estuviera rociado con perfume de chocolate. La pelota de crema se veía tentadora, pero el asiento del acompañante estaba delante de mí y el cinturón de seguridad ajustado me alejaba del objetivo. Mamá había puesto claro de luna en el reproductor y la tarareaba con una voz de cuento de hadas. El semáforo se puso en rojo y ella volteó a verme.

-Estamos cerca, y justo a tiempo. Tus amigos van a estar muy contentos ¿no crees?

Asentí. Me sentía feliz y emocionado, siempre lo estaba, pero en los cumpleaños había regalos así que me sentía el triple de feliz. La casa estaba a seis calles desde el semáforo, siempre hacíamos este recorrido para la escuela.

El semáforo cambió a verde, mamá arrancó el auto y siguió mirándome por el retrovisor.

-Thomas, eres el niño más hiperactivo del mundo y...

-¡¡CUIDADO!!- gritó alguien desde la calle. Por la ventana de mamá vi un auto rojo que venía dando vueltas descontroladamente y, de repente, ya no había nada.

Negro.

< ¿Señora? No responde, llame a emergencias... ¡pero abrió los ojos! espere aquí, no se vaya a mover por favor, se lo ruego... ¡ayuda, hubo un accidente!>

-Thomas...

Negro.

-Thomas, despierta cariño, por favor...

La luz me cegó por completo, el auto estaba rodeado de humo y había pastel por todas partes. Estaba apoyado en el asiento del acompañante y el cinturón no me dejaba respirar bien, el cuerpo me dolía mucho; no podía dejar de temblar y mamá me observaba sin moverse desde la silla del conductor. Había mucha sangre en su rostro y no pude evitar ponerme a llorar.

-Mamá, qué está pasando... ¿por qué no puedo moverme?

-Quieto Thomas, no te preocupes- dijo, su voz parecía muy débil y le dolía hablarme.

-Tengo mucho miedo.

-Está bien tener miedo, solo no te muevas de ahí- susurró. Miré a un lado y la puerta opuesta casi me había tocado el hombro.

Mamá comenzó a toser muy fuerte, algunas gotitas oscuras salpicaron su ropa sucia. No podía respirar. Volteó a mirarme con una sonrisa suave, intentó decir algo mientras me apretaba el rostro. Sus manos me recorrían el cuello y los brazos frenéticamente, pero sus labios solo se movían sin sentido.

- ¿Qué dices mamá? - quise ayudar. Mis oídos comenzaban sentir un pitido sordo y sirenas a lo lejos. - ya viene la ayuda, están llegando, vas a

estar bien.

De repente dejó de moverse, y su sonrisa se desvaneció. Sus ojos seguían clavados en mí. No pude mantenerme despierto y me rendí a la oscuridad otra vez.

Desperté un mes después en el hospital. Una señora llamada Isadora se quedó conmigo para preguntarme qué había pasado en el accidente, aunque no pude decírselo. Ni siquiera quería recordarlo, dolía tanto haber visto a mi mamá respirar así que deseaba poder sacarme uno de mis pulmones y dárselo para que volviera conmigo. Pero no lo haría, porque ya no estaba aquí ni lo estaría jamás. La señora del traje parecía frustrada de que solo podía llorar, y seguía haciéndome preguntas irritantes, así que cerré los ojos y fingí dormirme. Ella me advirtió, intentando ser amable, que seguiría viniendo a verme.

Un tiempo después me dejaron volver a casa. Nos mudamos a una casa más pequeña y vinimos a este pueblo; todo era más frío y ahora que lo había perdido todo, dudaba enormemente que algún día pudiera dejar de serlo. Los meses pasaron y todo empeoró: mi padrastro comenzó a prohibirme salir, dejé de asistir a la escuela nueva por no poder adaptarme y mi cabeza comenzó a ser lo que es hoy, así que consiguió internarme en este instituto y no volví a saber de él.

Y ahí estoy ahora. Castigado, por cierto

Capítulo 5

Thomas: Habitación 3

Abrí los ojos irritado porque la claraboya, el único punto luminoso, apuntaba directo hacia ellos. Mañana me trasladarían a la habitación individual para que me pudra en público. A veces pienso que quizá todo esto es un sueño, y que algún día despertaré y estaré bien en mi cama fría, pidiendo cinco minutos más.

-Relajado, Thomas...

Hice un esfuerzo insoportable por sentarme en la cama con el chaleco blanco todo sudado y miré directo a la fotografía del accidente que encontré en el diario unos meses después. Los doctores la habían colgado alto luego de que batallara porque no me la quitaran.

-Hola mamá- le dije a la foto. Mi padrastro no me visitaba desde que me dejó aquí y siempre supe que había sido una carga para él, así que no me interesaba de todos modos. Estaba acostumbrado a ser un estorbo sin suerte.

<Sabes que le estás hablando a una fotografía arrugada ¿no? > susurró Jack, burlándose desde el otro rincón de la habitación. Traía un chaleco como yo, pero tenía las piernas cruzadas.

El Doctor había dicho que mi cabeza solo inventaba esas cosas, pero yo las sentía en mi piel, como si estuvieran ahí diciéndome qué hacer y cómo reaccionar. Jack es impredecible, y como es una voz que solo existe en mi cabeza, no puedo callarlo. A veces duele, los psicólogos me han dicho que yo lo creo y así también puedo destruirlo, pero qué fácil es decirlo.

El medicamento me tenía atontado, los ojos se me cerraron lentamente sin poder evitarlo.

<El niño más hiperactivo del mundo... el más hiperactivo> gargajeó mi madre. El auto estaba caliente y lleno de humo, apenas podía ver.

<Te quiero, Thomas. Estoy... muy decepcionada de ti> la visión se había desdibujado y transformado en la cara de Jack, una sombra borrosa que a veces intentaba ser similar a mí.

No. NO, ¡BASTA!

Me desperté sudoroso, intentando calmar mi respiración para que no sospecharan que volví a tener las pesadillas porque de verdad quería salir al pasillo. Odiaba la habitación acolchada y haría cualquier promesa vacía para salir de allí, incluso si se trataba de jurar mi sanidad mental.

Traté de despabilar sacudiendo la cabeza un poco. Los sueños de mi madre que se volvían pesadilla eran los más populares en el popurrí de Jack, siempre me costaba volver a la realidad. Faltaban veinte minutos para que el doctor viniera a liberarme.

No recordaba el exterior, estaba recluido hace dos semanas y, si lo pensaba en profundidad, la verdad no me hacía mucha gracia volver a la realidad. Me aterraba la mirada de la gente del instituto porque nunca sabía quién iba a intentar hablarme o peor, tocarme.

El contacto físico era algo que había perdido casi en el mismo momento en que conocí a Jack, así que era como otro tipo de "efecto secundario", aunque eso no me impidió hacer algunos compañeros que de verdad aprecio, Walter es el mejor.

toc toc toc.

La habitación blanca resultaba oscura aún a plena luz, era un calvario ser enviado aquí. Según mis cálculos, en alguna de estas asquerosas celdas también estaba el muchacho que me envió aquí.

toc toc toc.

- ¿iThomas!?-exigió uno de los doctores en la puerta, observando por la mira corrediza. Yo estaba recostado boca arriba en un rincón oculto de su vista, sin saber cómo había llegado ahí.

-Me escapé por la ventanita - dije con malicia. Revisaron el panorama y abrieron la puerta. Tres hombres con batas azules impecables entraron a la habitación y la hicieron lucir menos escalofriante, entre ellos estaba el Doctor O'Malley, así que me acerqué.

-Siempre un bromista -sonrió palmeándome el hombro.

-Se lo agradecería.

-Ha llegado el gran día, ¿estás emocionado por reencontrarte con tus amigos? - intentó animarme. Que grandísimo imbécil- ¿Thomas? debo recordarte que tu conducta te llevó aquí, si se repite tendremos que

volver a ponerte en observación y aumentar la medicación.

-Lo sé, me lo han repetido por dos semanas. Usted no fue el recluso, créame que tengo bien claro lo que pasó.

El ambiente se despejó de tensión y el Doctor abrió la puerta indicándome el paso. Otro doctor me tendió el recorte del periódico que tenía colgado en la pared.

-De vuelta al regular. Habitación tres, pasillo "A".

Me acerqué al marco de la puerta y toqué las paredes por lo que deseé que fuera la última vez. El pasillo de las diez habitaciones de reclusión era el más oscuro, tenía algunas ventanas viejas y pequeñas que por la noche eran una ruidosa pesadilla, además de puertas corredizas de hierro.

Caminé hacia mi nuevo paraíso personal, descalzo por haber tenido el orgullo de rechazar las plásticas pantuflas del IMS. El piso frío me advertía que ésta era la realidad y que no me quedaban oportunidades después de morir. Pero claro que, aunque la belleza del instituto estaba en todo su esplendor, seguía siendo un instituto mental.

No pensaba suicidarme pronto, primero intentaría hacer lo que no pude lograr la última vez que estuve aquí: encontrar a mi verdadero padre. Era mi única familia y el más cercano recuerdo de mi madre, incluso aunque no sabía nada de él desde antes del accidente. También era mi único boleto de salida de esta pocilga porque, aunque en poco tiempo cumpliría la edad para salir por mi cuenta, ya no tenía donde ir.

La única manera de saber su nombre era hablando con Ryu, que tenía acceso quién sabe cómo a documentos del instituto. Era muy bueno manipulando a la bibliotecaria de planta baja, y había conseguido quedarse en el instituto luego de convencer al mismísimo dueño hace ya algunos años. El único problema es que la simpatía nunca fue su cualidad.

Le había encargado que buscara los registros que usó Jackson para dejarme aquí, así tal vez podría contactar a mi padre para darme otro tratamiento, pero, cuando lo vi en el almuerzo me dijo que según los documentos mi madre era una zorra, y le grité varias cosas de las que no me arrepiento antes de hundirle la cara en la bandeja de puré. Después de eso perdí mi pase al conocimiento y terminé con el cerebro en descomposición en el piso tres.

-Buen día Thomas, bienvenido de vuelta- sonrió la joven e impecable doctora junto a la puerta de mi habitación, sosteniendo una planilla.

- ¿El doctor O'Malley le pidió que me esté persiguiendo, amable señorita?
- dije con un tono severo de sarcasmo.

Ella se sonrojó, nerviosa. Su cabello rubio estaba atado a una cola y tenía el rostro demasiado maquillado, toda ella gritaba < ¡Soy nueva aquí! > La observé con una sonrisa maliciosa hasta que se sintió demasiado incómoda como para ser agradable y se retiró a toda prisa.

No podía dejar de sentir satisfacción por la libertad que me esperaba otra vez. Por fin podía retomar las comidas en el segundo piso, reírme de las bromas de Melanie, el sarcasmo de la rubia de los sombreros y el raro de Walter. A veces me cuestionaba si de verdad quería salir de aquí, pero la posibilidad de hacerlo era tentadora.

Al fin había salido, al fin podía ver la luz del maldito sol. Tenía que enfrentar a Ryu, con más cuidado que la última vez claro. Pero primero, entrar a mi nueva zona de confort: la habitación tres ¿Qué es lo peor que podía pasar?

<Asumo que morir no es la respuesta, rarito> susurró Jack.

<Ojalá lo fuera> respondí suavemente. Tomé aire y me preparé para lo peor.

Capítulo 6

Thomas: Libertades

Abrí la puerta de mi nuevo escondite con la fotografía apoyada contra el pecho. Una cama tendida con sábanas verde aguamarina ocupaba el centro de la habitación; a su izquierda estaba la mesita de luz cuadrada de madera que caracterizaba todas las habitaciones. Sobre ella habían dejado un paquete envuelto con papel de diario y una libreta que decía "Notas: Thomas Hugson". ¡Guau!, ya estaba psicológicamente apto para objetos cortantes. También había frente a la cama un espejo y una mesa hospitalaria rodante con una silla de plástico.

Las paredes blancas contrastaban con el suelo de cerámico negro y el olor a desinfectante de hospital me daba la pauta de que Walter ya sabía que yo estaba de vuelta.

-El mismo infierno, solo que con menos blanco y más corriente de aire- comenté en voz alta deambulando por la habitación.

< ¿Qué esperabas, un sofá y cuchillos gratis? > respondió Jack, haciendo alusión a uno de mis intentos de suicidio < Sabes que apenas te enteras de todo lo nuevo que hay afuera. >

-No pueden haber cambiado tantas cosas en un mes- contesté nervioso. No necesitaba cambios, necesitaba que todo fuera como antes para volver sobre mis pasos y poner en marcha la búsqueda, aunque esperaba recibir varios golpes en el camino.

Seamos sinceros, la vida no da segundas oportunidades sin segundos desastres y generalmente, los segundos duelen mucho más.

<Deberías dejar de hablar solo, rarito, van a oírte y te volverán a trasladar. Despídete de tus posibilidades >

-Entonces no estorbes, idiota.

Me acerqué al paquete misterioso y lo abrí con cuidado. El papel de diario era frágil, pero tenía conocimiento sobre su filo tenaz. Dentro había un retrato con marco negro de madera y una pequeña nota.

"Los recuerdos difíciles nos persiguen, pero a veces son lo último que nos queda. Por eso, hay que saber preservarlos.

Doctor Gene O'Malley"

Suspiré y metí la fotografía en el nuevo regalo para ponerlo sobre la mesita. Se veía bien, el tinte del periódico estaba protegido ahora. Abrí el cajón y guardé el cuaderno bajo llave ya que de verdad no esperaba tener que usarlo pronto, no me gustaba escribir sobre mí.

Al subir la mirada me topé con Thomas al otro lado de la habitación. Sinceramente, no me veía al espejo hace mucho tiempo, aunque solía hacerlo seguido en una etapa cerrada de mi vida. Recordaba mi rostro lleno de vida y alegría, incluso cuando me dolía vivir. Ahora ahí está frente a mí, ojos color miel sumidos en ojeras y oscuridad, una mueca que intentaba fallidamente ser una sonrisa, labios secos y finos, el cabello que solía ser castaño oscuro, ahora estaba desecho y sin color. La piel, que ajustaba cada hueso de mi cara, todavía era suave al tacto, pero se veía casi gris. Me peiné hacia un lado desordenadamente como solía hacerlo, solo para no perderme por completo. Me acomodé la moderna y vanguardista camisola blanca fuera del pantalón de tela anti fluidos y me dirigí con paso nervioso a las escaleras para desayunar en el piso de abajo.

- ¡Espera! -gritó una voz femenina familiar. Volteé y sonreí, por fin no hay soledad absoluta.

- ¿Anne? Demonios no has cambiado en absoluto, debes verme totalmente demacrado. - saludé apenado. Ella hizo una pequeña reverencia para saludarme, estaba familiarizada con mi aversión al contacto físico. Llevaba un sombrero redondo azul que aplanaba su rubio cabello despeinado y despejaba el rostro pálido. Sus ojos marrones estaban brillantes y vivos.

-Descuida, no te ves tan mal- bromeó- se suponía que estaríamos en el comedor para darte la bienvenida, pero te me has adelantado.

Ahora que habían podido relajar a varios de sus personajes, reconocer a los dos que quedaban me resultaba más sencillo. Anne Marie era su nombre completo, pero los dividió en sus dos alter. Muy creativa.

-Lo siento, estar ahí arriba ha sido como morir ¿De qué me he perdido?

-Bueno, no mucho. Todos siguen aquí por ahora.

- ¿Cómo está Melanie? Imagino que su peso no ha mejorado

-No, los de control ya están hablando al respecto, rara vez baja a comer. Pero yo tengo hambre así que necesito tener esa comida.

Sonrió de oreja a oreja y salió dIMSarada a la escalera, conmigo detrás

como un perro feliz de reencontrar a su amo.

El comedor era tan psicótico como siempre; hoy no estaba tan lleno, nunca lo estaba en realidad. Las paredes iban pintadas de un celeste pastel y hacían juego con los seis manteles distribuidos en las mesas cuadradas. Había también un par de ventanas gigantes a la derecha cubiertas por cortinas transparentes blancas. La escalera uno hacia planta baja había sido enrejada luego del primer intento de fuga de Ryu. Miré frenético a mi alrededor, tomándome imaginariamente del brazo de Ann que caminaba tan amenazante e implacable como siempre; su personalidad variaba, pero podías descubrir similitudes si la conocías en profundidad. Traía un conjunto como el mío, pero con flores.

- ¿De dónde sacaste ese parque que traes puesto? - pregunté sorprendido.

-Creo que Marie es demasiado intimidante con las enfermeras, solo desperté y ahí estaba. Lo interpreté como un regalo.

-Podrías ser una buena presidente cuando salgas de aquí. Yo te votaría-bromeé.

- ¡Gracias! - respondió, dando saltitos como si tuviera seis años.

Llegamos a la mesa vacía más cercana a la escalera, como de costumbre, y la ocupamos.

Me senté en canastas y suspiré discretamente, evaluando el entorno. Era demasiada presión estar allí afuera rodeado de gente luego de vivir tanto tiempo conmigo mismo y Jack. Los recuerdos de mi madre eran demasiado dolorosos y habían despertado a tope en la pelea con el asiático, todo lo que veía le devolvía movimiento a alguna espina que bailaba en mi corazón.

Solo faltaba que Jack reapareciera y...

- ¡Thomas! - exclamaron en mi oído. Sentí unas manos sobre mi hombro y salté de mi asiento, cayendo del susto. Me hice una bola en el suelo y miré hacia arriba. - ¡Lo siento, lo siento! ¿fue demasiado cerca? ¡No te estaba tocando! -dijo la amenaza.

Efectivamente no me había tocado, pero Jack decidió que así había sido. Ahora estaba algo avergonzado.

- ¡Walter! - dije aliviado, levantándome todavía con cautela. < ¿Esto es la realidad, ¿no?>

Su cabello estaba perfectamente alineado en un corte militar, y los ojos verdes brillaban de tensión contrastando con su piel bronceada, al igual que su chillón conjunto blanco, idéntico al mío.

-Ahora no puedo abrazarte, mírate, estas rodeado de gérmenes- comentó irónicamente, sus pupilas estaban dilatadas y su mano temblaba un poco. El temblor era nuevo, pero seguía siendo Walter.

Me levanté del suelo y volví a mi posición en la silla. Él alineó la suya entre Anne y yo y me devolvió una sonrisa cálida.

-Los extrañamos por aquí- sonrió y se golpeó la sien con los guantes puestos. Puse los ojos en blanco, ahora Jack era popular.

<Hay cosas que no puedes evitar, inútil> se burló parado detrás de Walter, balanceándose en el respaldo de su silla. Decidí ignorarlo, aunque sabía que podía ser contraproducente.

- Veo que sigues siendo fan del látex, ¿Dónde están los raros? Había más de ellos ¿Ryu sigue aquí? -consulté disimuladamente.

-Hay mucha gente en el sótano, bajaron a todos al mismo tiempo. Creo que hubo un ataque de consciencia y muchos padres vinieron a buscarlos- se encogió de hombros y pude ver que trataba de explicarlo con el mayor tacto posible- tengo entendido que vendrá gente nueva. Mel ya no baja a desayunar, pero su nuevo cuarto es muy limpio y huele a lavanda, deberías verlo.

-Tendré que hacerlo ya que no bajó a saludar- respondí con un susurro.

-No sabemos mucho de Ryu, pero de todas formas creo que deberías dejar de buscarlo por lo que sucedió la última vez...

- ¿De verdad piensas que eso va a detenerlo? - insistió Anne- estoy segura de que va a acecharlo hasta conseguir lo que quiere.

-Es mi mejor amigo temporal y no voy a permitirlo- contestó solemne.

- ¿Temporal?

-Todo es temporal conmigo- dije encogiéndome de hombros.

-Le pedí que, si escapa de aquí, que no regrese. Yo, por otro lado, no quiero irme ¿dónde encontraré un lugar más limpio que éste? Así que en el momento en que él encuentre una forma de salir, nos olvidamos.

-Es noble. Estúpido pero noble, aunque no te permito que te olvides de mí- apoyó la cabeza sobre las manos con ojos cristalizados- pero ¿por qué

quieres ver tanto a tu padre? No te ha buscado después de todo este tiempo.

-En realidad no lo sé- susurré mirándome las rodillas- de todas formas cumpliré dieciocho pronto, y todos sabemos que seré prescindible si los doctores necesitan la habitación.

Se hizo un silencio sepulcral en la mesa y los dos me miraron con los ojos como platos. El instituto tenía una política que nos permitía, al cumplir dos años en el instituto, solicitar las "terapias de transición": sesiones programadas en las que nos evaluaban y decidían si podíamos irnos con el alta oficial. La otra opción era solo salir por la puerta, y no podían detenernos si éramos mayores.

-¿No te han llamado ni una vez? - Walter hacía el número uno con el dedo mientras sus cejas trataban de no alcanzar su nuca.

-Tal vez olvidas que luego de que las solicité, se me ocurrió limpiar el plato con la cara de Ryu. Creo que solo tendré que esperar pues no conseguiré nada allá afuera sin el alta médica sellada por O'Malley.

-Nunca hablamos de eso, pensé que tenías menos tiempo- susurró Anne, ahora nerviosa. Ella llevaba ocho meses y Walter, un año y medio; Melanie, por su parte, había pasado los dos años, pero era un caso demasiado especial y su madre dejó que la estudiaran como rana aquí arriba.

-Tendremos que disfrutar lo que queda. Pero para que pueda disfrutarlo tienen que decirme dónde demonios está Ryu.

-El día que te llevaron al tercer piso, oímos que también lo enviarían ahí- la rubia acariciaba la copa del sombrero azul- pero primero pasó por la oficina de enfermería. Luego de eso no volvimos a verlo.

-Podría estar muerto - inquirió Walter- a veces escucho voces en el aire, desde mi cama.

-Qué raro eres- se quejó Anne mirándolo de reojo con indignación. Varias enfermeras se acercaron a poner las bandejas de puré y carne en nuestro rincón, los chicos de otras mesas comían solos o en grupitos pequeños y bastante dIMSersos, y la verdad nunca me interesó hacer amistades. Éstos solo me buscaron y lograron acercarse.

El puré tenía buen sabor, la comida en general era muy buena, lo que solo me hacía difícil querer irme al mismísimo epicentro de la incertidumbre: el mundo real.

< ¿Dónde está el chino idiota?> se quejó Jack.

-Quisiera saberlo- susurré.

- ¡Chicos! En veinte minutos comienza la terapia grupal, los veo en la sala junto a la enfermería- anunció O'Malley. Su trabajo, aparte de ser el jefe doctor, era ser la principal conexión entre la evaluación normal y una terapia de transición.

-Me encantaría que fuese quince de agosto, porque ese día es mi cumpleaños- exclamó Anne con tono dramático de tristeza. El doctor suspiró y lo anotó en su planilla.

-Eso fue hace un poco más de un mes, Anne Marie ¿no hay ninguna cosa que te gustaría compartir? - intentó por última vez.

-Los cumpleaños son divertidos- contestó con camaradería una joven morena a dos sillas de ella. La rubia le guiño un ojo de manera exagerada.

El salón tenía diez sillas blancas y una de color mierda. Me hubiera gustado sentarme en esa, pero se reservaba para alguien especial llamado Geene. Walter había comenzado a enumerar sus mejoras y los beneficios de ser ayudante de limpieza en la cocina. También mencionó que, si un día salía de ahí, le gustaría volver para seguir haciéndolo. Media hora después, todos se levantaban para salir del salón e ir a sus habitaciones.

-Recuerden que el jueves es la próxima sesión grupal, ¡Thomas! - me llamó con el dedo acusador así que me acerqué- espero que te animes a compartir algo en la próxima reunión, se que solicitaste la transición y debo entregar un informe. No quiero que lo único que haya allí sea tu pelea con un compañero.

<Vas a terminar en el hoyo, rarito> rio Jack con voz grave.

-Con suerte no necesitaré ese informe- respondí con una sonrisita forzada, el doble sentido de mis palabras le dio satisfacción al inquieto de Jack. Jamás hablaría en una terapia grupal, antes muerto.

- ¡Ah! Casi lo olvido, tuvimos una nueva inscripción al instituto y se incorporará esta tarde- anunció mientras los tres salíamos.

- ¡Vamos! Esperemos en el comedor por la carne fresca- dijo Anne, y

ambos la seguimos.

Capítulo 7

Thomas: Ingresante

- ¿Dónde está el nuevo? - preguntó Anne por quinta vez, tenía un pie sobre el banco y otro en el suelo, y estiraba la cabeza hacia la escalera como una tortuga.

-No vas a casarte en un psiquiátrico, supéralo- intervine, pero lo ignoró como si no hubiese hablado, manteniendo la pregunta en su mirada hacia Walter- pobre mal nacido, enviarlo a este instituto fue cruel.

-iMal nacido es un insulto! Sé educado Thomas- me retó ella con el dedo acusador. Puse los ojos en blanco.

-Si lo supiera te lo habría dicho la décima vez que preguntaste- respondió Wal, masajeándose las sienes con los guantes.

La reja que bloqueaba la escalera comenzó a crujir y todos miramos al nuevo bicho del circo entrar por primera vez.

Parecía una niña, tenía una nariz pequeña y redonda, pómulos discretos, era bastante bajita y lucía frágil como una hoja. Iba con un pijama como el nuestro pero gris, y su pelo negro y corto hasta la barbilla ocultaba un poco de su rostro. Lo único que mostraba con seguridad eran sus ojos de avellana también negros, que desencajaban completamente con el resto de su cuerpo. Su mirada estaba llena de fuerza, me helaba los huesos como si me estuviera amenazando solo con barrer el comedor. Me sentí en peligro, como un animal indefenso.

- ¡¿Una chica?!- señaló con voz tan fuerte y decepcionada que todo el mundo podía oírla.

Maldita sea, es solo una chica

-Me agrada. Me habría agradado más que fuera un chico, o que tal vez tuviera otro color de cabello- cortó decepcionada Anne- Deja de mirarla como si fuera una jeringa de Thorazine, Thomas.

La nueva volteó a verme casi por instinto y se detuvo en seco. Su aspecto cambió, se transformó completamente de alerta a curiosidad. Incluso pude percibir una mueca intentando ser una sonrisa hacia mí. Volvió para encontrar un lugar y se sentó en la mesa siguiente, mirando de frente hacia donde estábamos nosotros.

Había dos chicos sentados en canastas jugando con un dado, ella se unió gustosa, acomodándose como ellos sobre la silla y con la cabeza apoyada

en su mano. Lucía vagamente interesada y debo admitir que bastante familiar.

- ¿Qué edad tiene? - aventuró Ann.

-Debe tener unos dieciocho. Está muy despeinada- comentó Walter acomodándose el gel del cabello con los guantes puestos.

-Su nombre es Ruth- dijo la enfermera rubia apareciendo de repente tras nosotros. Todos nos sobresaltamos- Lo siento. Solo quería pedirles que no sean malos con ella.

<Bonito nombre para una loca> dijo Jack, y al fin coincidíamos en algo.

- ¿Y tengo cara de hacer amigos? - le contesté molesto. La enfermera soltó un largo suspiro y Anne me desafió.

-Vamos Thomas, ve a saludarla.

-No lo haré- me crucé de brazos. ¿Están locos?

<Dime que es una pregunta retórica> Jack frunció el ceño.

- Vamos, es solo la nueva ¿le temes a una extraña? - cuestionó la rubia.

-Y a ti que te importa lo que haga o no con esa extraña, Anne- me defendió Walter- además, no tiene pinta de ser muy amigable, creo que le apuesto a que está súper demente.

- ¿Se supone que aquí somos normales? - me excusé.

-Está bien, yo iré- se levantó con aires de payaso extravagante. Me imaginé a la nueva conociendo a la primera persona del instituto, la única rubia con sombrero azul, ropa de colores y pantuflas amarillas. Se espantará.

Fui soltando mis rodillas y me senté erguido, mirándola fijamente. Ella pareció sonrojarse y volvió al juego

-Bien, lo haré solo por esta vez, pero ya no me molesten.

<Esto no puede salir bien, todavía puedes correr> sugirió Jack. Comencé a caminar hacia ella <Déjala en paz, vas a arruinar su miserable vida> invadió en mi cabeza.

-Lo sé, esto es mala idea- murmuré a unos pasos de llegar.

<Quieres que alguien más se mate por tu culpa> <Muere Thomas> <eres el demonio en la tierra> <muere>

-Hola- me dijo ella con su mejor sonrisa y estirando la mano para saludarme. No me atreví a acortar los pasos que nos distanciaban así que se levantó.

Sus dientes eran muy blancos para asociarlos a alguna adicción. Si, está demente

-Soy Ruth, es un placer conocerte- comentó con aire formal divertido. Jack rió, yo meforcé a no hacerlo.

Su voz suave y tersa me recorrió la columna.

-Soy...hmm...-vacilé sobre tomar su saludo con la mano, pero desistí inmediatamente- Thomas.

Me aclaré la garganta y bajé la mirada. El silencio fue corto, pero pareció una eternidad mientras ella parecía atar algunos cabos, no sabía qué más decirle.

¿Qué estará pensando? ¿Fui demasiado raro? Esto fue un error ¿cómo debería pararse alguien normal en una conversación? No quiero asustarla... ¡Qué digo! No me importa si se asusta, está en un psiquiátrico. No debería siquiera estar sonriendo así.

-Oh- contestó abriendo los ojos con sorpresa- eres el de la reclusión, ¿verdad?

¡¿Cómo diablos...?!

<Atrapado> se burló Jack, poniendo una mano sobre mi hombro.

-El mismo- bufé y me di la vuelta para alejarme avergonzado, no quería que se sintiera incómoda pero seguro ya lo estaba- solo pasaba a saludarte. Bienvenida.

-No, ¡espera! - me tiró de la remera y me pellizcó un poco la espalda.

La empujé hacia atrás y me tiré al suelo, cubriéndome la cabeza con ambos brazos.

< ¡Demonios! Thomas, no otra vez> pensé. Una serie de recuerdos indescifrables relacionados con mi madre comenzaron a recorrer mi cabeza sin parar. No podía detenerlos, no podía olvidarlos y probablemente me tomaría todo el día calmarme. Mi madre en el auto, encerrada y atrapada entre el humo, el asfalto frío y cubierto de sangre,

sus ojos se cierran, se abren... no respira...

- ¡No debí acercarme a ti! - le grité desde la cueva que había hecho con mis brazos.

- ¡Thomas, lo siento! - suplicó, acariciándome la espalda. No se detenía, pero algo se sentía diferente.

Su tacto no era doloroso, las imágenes habían cesado y me descubrí en silencio con los ojos húmedos, volteando nuevamente para mirar su dulce expresión y su mirada también cristalizada. Se había acuclillado junto a mí, solo me recorría con la yema de los dedos y tratando de no presionar con fuerza, parecía preocupada.

Los enfermeros la tomaron de los brazos y la alejaron de mí, desesperándome aún más. Unas manos me levantaron también del suelo.

- ¡Suéltense! ¡No hice nada malo, ella comenzó! - grité y pataleé. Vi como todos observaban mientras me subían por la escalera para encerrarme en mi nueva habitación.

<Al menos estás aquí abajo, tienes suerte que no mereces> suspiró Jack reclinándose en mi cama mientras yo me sentaba en el suelo y apegado a la pared.

-Thomas, quedas recluso por lo que resta de este día- declaró la doctora rubia de la mañana con voz firme.

-Bruja- le solté desde el rincón de mi habitación. Ella me observaba desde la puerta entrecerrada con pena, la misma pena que aparecía cuando Jackson me nombraba, una pena a la que estaba acostumbrado pero que no me servía en absoluto. Todos se fueron, dejándome solo una vez más.

De todas maneras, las cosas habían cambiado. Ahora tenía un gran ventanal junto al rincón, donde podía sentarme como un idiota a mirar pajaritos, y mi diario estaba disponible en el cajón. Lo que más me perturbaba -y no estaba seguro de que esa fuera la palabra correcta- era que no quería lanzarme desde ese piso, ni quedarme dentro de la habitación. Tenía unas insufribles ganas de salir al pasillo y correr al comedor para preguntarle cómo había podido tocarme.

-Necesito respuestas- susurré. Ella me tocó con tanta humanidad que se había sentido extraño. Cómo es que sabía quien era, pero nadie le había advertido que no lo hiciera; o por qué me parecía familiar.

Como un arma de doble filo, me encogía el pecho, pero también me daba

curiosidad.

<y por ella estás encerrado hasta mañana, idiota> aclaró Jack.

-Tienes razón. Bueno, no podía ser tan genial- me resigné.

Abrí el cajón y saqué el anotador diario con mi nombre, rezando que el doctor O'Malley no lo necesitara pronto.

29 DE AGOSTO DE 2017

Hoy vi a la nueva, parece buena pero no debería confiarme porque lo primero que hizo al verme fue tocarme. Sigo sintiendo que la vi en algún lugar, pero no puedo recordar dónde. Espero que no siga cometiendo idioteces.

Guardé la agendita y me quedé recostado en el suelo durmiendo por unas horas, hasta que oí un ruido en la puerta. Eran las siete en el reloj, así que ya era la hora de la medicación.

<Amas esas cosas, ¿no?> dijo Jack.

-Me mantienen alegre- bromeé. - Al menos estoy lejos del imbécil de Jackson.

<Es una pena que tu falso padre tenga mi nombre, ¿verdad? porque tú a mi si me quieres, aunque te cueste admitirlo>

-Mejor voy a comer los chicles- contesté entre risas.

Diez minutos después se deslizó por debajo de la puerta un papelito irregular de color amarillo. No parecía tener el mismo origen que los medicamentos, así que supuse que sería de alguno de mis amigos.

- ¿Ahora me dejas regalitos, Jack? - dije simulando sorpresa. Lo abrí y me quedé parado en mitad de la habitación.

Thomas.

De verdad lo siento, no quise lastimarte. Me agradecería volver a verte para solucionar este asunto, estaré mañana en la misma mesa durante el desayuno, lleva esta nota.

PD: Gracias por acercarte a mí, pero eso no cambia el hecho de que estoy recluida por tu culpa. Te perdonaré porque es el primer día.

No olvides la nota, por favor. Ruth.

-Jack, qué demonios- repetí con sorpresa.